

El día que Marina atravesó el mapa

Carmen Fernández Valls

Ilustraciones:
Alicia Arlandis Tomás



*Para Lucía,
la primera en conocer POF.*

Capítulo 1

Nadie vino a recoger a Marina al colegio el último día de curso. Nunca venía nadie. El tío Rodolfo siempre estaba muy ocupado y, aunque todos los compañeros de Marina volvían siempre con sus padres a casa, ella casi siempre iba sola.

Marina no tenía padres. Una vez los tuvo, pero ya no los recordaba. De hecho, ni siquiera conseguía haberlos recordado alguna vez. Había pasado la mayor parte de su vida en el orfanato. Desde hacía dos años vivía con el tío Rodolfo, un primo segundo de su madre que se presentó como su único pariente y la adoptó. Marina no entendía muy bien por qué había ido al orfanato a buscarla, porque casi nunca estaba con ella.

El tío Rodolfo pasaba la mayor parte del tiempo haciendo maquetas en papel de grandes edificios. No se limitaba a la parte externa, sino que cuidaba cada detalle del interior, al que se accedía mediante la abertura de solapas a modo de ventanas.

Tenía maquetas de los principales monumentos del mundo: la torre Eiffel con turistas incluidos, que ocupaba desde el suelo hasta el techo; el complejo arquitectónico de Angkor Wat en Camboya, con las raíces de los árboles

que crecen entre sus paredes; un campamento indio con tipis, tótems y muchas figuras; o las pirámides de Egipto con sus sarcófagos, sus laberintos y sus tesoros.

De entre todas las maquetas de papel la que más le gustaba a Marina era un castillo diseñado por el propio tío Rodolfo. Era el castillo más maravilloso que pudiera imaginarse. Tenía de todo: fuertes murallas, salones con tapices, estancias para criados, patio de armas y hasta mazmorras. El tío Rodolfo estaba trabajando en la creación de una torre que sirviera como aposento a una hermosa princesa, aunque Marina opinaba que sería mejor utilizar la torre como biblioteca o como cámara secreta.

El camino entre el colegio y la casa del tío Rodolfo no era muy largo. Tardó exactamente diecisiete minutos y trece segundos en recorrerlo; un minuto y catorce segundos más que esa misma mañana. Tenía la manía de cronometrar el tiempo con su reloj de pulsera de elefantes, aunque, más que una manía, era una forma de pasar el tiempo.

Las puertas del ascensor se abrieron cuando Marina apretó el botón. Al instante se vio reflejada en el espejo de cuerpo entero que ocupaba toda la pared. Tenía el pelo rizado y muy corto. Ella misma se lo había cortado. Estaba harta de sus trenzas y un día cogió las tijeras para llevar a cabo un cambio de *look* que, por supuesto, no gustó nada al tío Rodolfo. Su indumentaria era la misma de todos los días: falda verde y marrón de cuadros y camisa *beige*, es decir, el uniforme del colegio.

Las puertas del ascensor volvieron a abrirse al llegar al ático. Marina llamó a la puerta. Como no vino nadie a abrir volvió a llamar. ¿Qué estaría haciendo el tío Rodolfo? Seguramente estaba tan concentrado cortando y pegando que no había oído el timbre.

Al cabo de un rato, la puerta seguía sin abrirse. Volvió a llamar de manera más insistente, pero nada, o se había quedado sordo de repente o no estaba en casa. Marina sacó de su mochila la llave que le había dado el tío Rodolfo para usar solo en caso de emergencia. Nunca antes había tenido que usarla.

Esa situación era nueva para ella. Como tenía hambre, fue a la cocina y se preparó un bocadillo de jamón y queso. Con el estómago lleno pudo pensar mejor y se dio cuenta de que lo más lógico en un caso como ese era llamar al tío Rodolfo por teléfono y preguntarle si todo iba bien. Marcó el número y esperó a oír la señal.

La línea no funcionaba.

Marina intentó no ponerse nerviosa. Lo mejor sería ir a buscar a algún vecino y contarle lo que estaba pasando. Ellos sabrían qué hacer.

Al intentar girar el pomo para abrir la puerta que daba a la calle, comprobó que estaba cerrada. ¿La habría cerrado ella sin querer? Se metió la mano en los bolsillos de la falda para buscar la llave, pero estaban vacíos.

De repente, se oyó un golpe brusco y todo quedó a oscuras. Las persianas habían caído y no dejaban pasar la luz de la tarde. Marina pulsó el interruptor de la luz, que no se encendió.

Se dirigió al salón. Creía recordar que sobre la mesa principal había unos candelabros de plata y seguramente en algún cajón de la cocina habría cerillas o un mechero.

Todo estaba sumido en la más profunda oscuridad. Solo se veía una raya de luz que se asomaba por el quicio de una puerta a uno de los lados del pasillo. Marina se acercó temblorosa.

—¿Tío Rodolfo? ¿Estás ahí dentro?

Llamó con los nudillos y la puerta se abrió. Marina nunca había estado en esa parte de la casa. De hecho, era la primera vez en su vida que veía esa puerta; pasaba tan desapercibida que ni siquiera se había dado cuenta de su existencia y el tío Rodolfo nunca se la había mostrado.

Marina entró en la habitación. Era una biblioteca perfectamente iluminada, con tres de las cuatro paredes forradas de libros y la cuarta llena de mapas y planos de edificios.

—¿Tío Rodolfo? —dijo Marina.

Ahí tampoco había nadie.

Marina avanzó despacio por la gran sala. Había varias estanterías desordenadas, con pegamentos, tijeras y recortes de papel. Debía de ser el lugar en el que el tío Rodolfo diseñaba y construía sus maquetas. En el centro de la sala había una mesa sobre la que se encontraba un mapa enrollado. Sin saber por qué, Marina desató la cuerdecita que lo mantenía cerrado. El mapa comenzó a desplegarse por sí solo, ocupando toda la mesa.

Marina miró el mapa con atención. Nunca había visto nada parecido. Tenía el aspecto de un mapa normal y



corriente, solo que el lugar que representaba no parecía propio del mundo real, sino sacado de un libro de fantasía. En una de las esquinas estaba escrita la palabra POF con letras doradas. Marina pasó el dedo por las letras y no tuvo tiempo de hacer nada más.

En ese instante, se levantó un viento huracanado. Marina se agarró a la mesa para no salir volando, mientras el resto de su cuerpo se elevaba contra su voluntad. La fuerza del aire era cada vez mayor y llegó un momento en el que ya no pudo más y sus dedos se soltaron.

Solo ella se movía en la biblioteca. Los libros y los mapas permanecían en su sitio. Marina fue haciéndose cada vez más y más pequeña, hasta que quedó reducida al tamaño de una letra, cayó sobre el mapa y este volvió a enrollarse.

Capítulo 2

Marina se incorporó poco a poco. Tenía la sensación de haber caído desde muy alto, aunque no se sentía nada dolorida. Alzó la vista y se vio rodeada de árboles. Se restregó los ojos con las manos y volvió a mirar a su alrededor.

—¿Tío Rodolfo? —preguntó sin atreverse a levantar mucho la voz.

Algo se movió entre la maleza.

Por un momento, Marina no supo si salir huyendo o acercarse a mirar qué era. Tardó tanto en reaccionar que no hizo ni una cosa ni otra. Se quedó inmóvil durante unos segundos en los que la criatura que estaba entre los arbustos salió y se presentó ante ella. Era un hada del tamaño de una flor.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó al ver que la niña se quedaba mirándola con la boca abierta.

—Pues... la verdad es que no lo sé —respondió Marina.

—Ah —dijo el hada y levantó el vuelo con intención de marcharse.

—Espera —se atrevió a decir Marina cuando salió de su ensimismamiento.

—¿Qué quieres?